

Nuestra Union con Cristo

Un Estudio de la Vida por
Gracia a través de la Fe

CONTENIDO

1. ¿TIENES UNA VIDA ABUNDANTE?	3
2. JESUCRISTO, EL POSTRER ADAN	7
3. ENTENDIENDO EL PECADO	11
4. CRUCIFICADO, SEPULTADO, RESUCITADO Y SENTADO	17
5. ¿COMO EXPERIMENTAMOS LA GRACIA?	23
6. LOS CUATRO MANDATOS DE ROMANOS 6:12-13	29
7. LA VIDA LLENA DEL ESPIRITU.....	33
8. LA DIFERENCIA QUE PRODUCE EL ESPIRITU.....	37
9. LIBERTAD DEL PECADO	45
10. LIBERTAD DEL MUNDO	51
11. LIBERTAD DE LA LEY	55
12. LA VIDA EN LOS LUGARES CELESTIALES.....	63
APENDICE	71

CAPITULO UNO: ¿TIENES UNA VIDA ABUNDANTE?

¿Consideras con frecuencia que tu mismo eres un fracaso como cristiano? ¿Te han llevado tus acciones y tus pensamientos hasta el punto de odiarte a ti mismo?, ¿Sientes que eres incapaz espiritual-mente de hacer muchas cosas que deseas hacer y que sabes que debes hacer? Si tu respuesta a las preguntas anteriores es afirmativa, entonces tú eres precisamente la persona para la cual se escribió este libro.

Cada uno de nosotros podría dar un testimonio de sus fracasos. Necesitamos algo, alguna verdad que cambie nuestras vidas. He aquí algunos testimonios de personas que se sienten fracasados y desean una solución.

- “Me invade el temor. Estoy con un temor constante de que algo malo está a punto de sucederle a un miembro de nuestra familia. Sé que debo testificar, pero temo que me rechacen. Mis amigos me conocen como el preocupado. De hecho, ¡me afofo por todo! Por años he orado acerca de mis temores, pero me parece que ahora estoy tan atemorizado como cuando me convertí en Cristiano.”
- “Amo a mis hijos, pero a diario llevo a estar pecaminosamente airado con ellos. Pierdo fácilmente la paciencia con ellos. He orado al respecto pero no logro tener la victoria.”

- “Tengo un problema constante con la lascivia. Siento que soy un cristiano terrible. La culpabilidad que siento a veces parece agobiarme. He probado todo lo que se para obtener la victoria, pero realmente no se como cambiar.”
- “mi problema es la amargura. Algunos amigos cristianos se aprovecharon de mi y no se como sobreponerme. A diario pienso en lo que ellos me hicieron. Cuando estoy cerca de ellos, no los puedo tratar como debiera. ¿Cómo puedo perdonarles? La oración no me ha ayudado.”
- “Yo definitivamente no tengo fe. Veo como otros caminan por fe, y como ellos testifican acerca de milagros que se llevan a cabo. ¿Porqué yo no tengo la fe de ellos?”
- “Aunque yo amo mucho al Señor, Me parece que nunca tengo éxito para traer a otros a Cristo. Hago lo mejor que puedo y sin embargo todo mi esfuerzo parece ser en vano.”
- “Al principio de mi vida Cristiana, yo estaba lleno de gozo y fe. No me he sentido así por mucho tiempo. Ahora mi vida se caracteriza más por la depresión que por el gozo y la fe.”

Sin duda te identificas con uno o más de los problemas que se han expresado en las declaraciones anteriores. Quizás digas, “no solo tengo algunos de esos problemas sino que también tengo otros que me parecen peores. ¿Existe todavía ayuda para mí?” Sí, ¡hay ayuda para ti! La fuerza que anhelamos es nuestra cuando entendemos y practicamos nuestra unión con Cristo, en Su muerte, sepultura y resurrección.

Necesitas entender y practicar las verdades que se expresan en las páginas siguientes si quieres que tu vida cambie. Como resultado tendrás una relación con el Señor lo cual será de suprema importancia en tu vida.

En 1 Corintios 6:17, el apóstol Pablo nos revela que, *“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él.”* (Traducción de la Reina Valera 1960). Sin embargo, muchos creyentes no entendemos que en el momento de convertirnos a Cristo fuimos unidos con nuestro Señor crucificado, sepultado y resucitado. Así que para tener la plenitud de vida y el más grande de los éxitos en el servicio Cristiano los creyentes debemos entender y experimentar la vida teniendo como base la unión con nuestro Señor.

Muchos creyentes entienden que Cristo mora en cada uno de ellos. Y aunque esto sea de gran ayuda tanto en nuestro entendimiento como en nuestra experiencia, el solo entender no nos dará la vida espiritual y la producción de fruto que buscamos. Por lo tanto, debemos entender y aplicar otro factor importante que se enseña en el Nuevo Testamento que trata de nuestra unión con Cristo. Esta verdad se describe de varias maneras en las Escrituras, por ejemplo: estar “en El,” “en Cristo Jesús,” “En Quien,” o “en el Amado.” Todas estas frases significan lo mismo: saber que cada creyente se encuentra en unión con Cristo. Es muy importante que entendamos que el Cristo que mora en nosotros no nos va a llenar continuamente con El mismo ni tampoco se revelará a través de nuestras vidas

hasta que hayamos aplicado la verdad que no solo Cristo está en nosotros, sino que también nosotros estamos en El. Cuando un creyente verdaderamente entiende y aplica esta verdad, entonces se llevará a cabo un gran cambio en su vida y en su ministerio.

A través de este libro, los términos “nuestra unidad con Cristo” o “nuestra unión con Cristo” se usan para describir la misma posición. También, “la vida de gracia” o “la vida de fe” se usan para describir la experiencia de aquellos que manifiestan por su vida práctica su unión con Cristo.

Si a ti te va bien por ahora, es posible que pienses que este libro sea interesante pero que realmente no sea de importancia para tu vida. Sin embargo, quizás seas tu alguien que se ha desanimado y frustrado con la vida cristiana y por fin has llegado al final de ti mismo y de tus esfuerzos inútiles para cambiar. Si esto es verdad, entonces tu puedes estar al comienzo de una experiencia de la vida que siempre has deseado y que has buscado por mucho tiempo quizás desde que fuiste salvo. En Juan 10:10, Jesús le llama a esta vida la “vida en abundancia”.

CAPITULO DOS: JESUCRISTO, EL POSTRER ADAN

Creemos que Jesús nos ama ya que la Biblia nos lo dice – ya sea que lo sintamos o no. La Biblia es nuestra autoridad en las cosas espirituales, y por esta causa, aceptamos sus enseñanzas sin importar nuestros propios sentimientos o ideas al respecto.

Por lo tanto, es importante que entendamos las verdades bíblicas fundamentales que tratan de nuestra unión con Cristo. Es posible que estas verdades sean nuevas para usted. Pero deberán ser entendidas si es que queremos tener la calidad de vida que el Señor ha hecho posible para nosotros. Por fe, simplemente abre tu corazón al Señor y dile que confías en que El te explique Su verdad.

Una de las formas en que se revela la grandeza del Señor es a través de los muchos títulos que las Escrituras le otorgan. A El se le llama, “El Camino, la Verdad y la Vida,” “El Pan de Vida,” “La Luz del Mundo” y “El Cordero de Dios.” Pero uno de los títulos que tienen más significado es el que Pablo describe en Romanos 5:14 que es: “El Postrer Adán.” Este pasaje describe a Adán como “la figura de Cristo”. Una figura es una semejanza. Observamos por lo tanto, que Adán es como Cristo. De hecho, Adán es tan parecido a El, que a Jesús se le llama, “El Postrer Adán.”

Es fácil entender las grandes diferencias entre Adán y Jesús. Adán trajo el pecado y la muerte a este mundo; Jesús trajo a este mundo la rectitud y la vida. Pero nos preguntamos ¿cómo

es que Adán y Jesús son parecidos? La respuesta es: Cada uno de ellos es la cabeza de una raza. Adán es la cabeza de la raza natural y Jesús es la cabeza de la raza espiritual.

Como cabeza de la raza natural (la raza humana), Adán afectó a todos los que han nacido dentro de esa raza. El hecho que un hombre, Adán, afecta a todos los que nacen en la raza humana es una representación de Jesús y Su efecto en todos los que son “nacidos de nuevo” en Su raza espiritual. 1 Corintios 15:49 le llama a Jesús “El Postrer Adán” y también dice que, *“y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.”* Este verso trata de la resurrección y enseña que nosotros recibiremos cuerpos como el del Señor resucitado cuando El regrese otra vez.

El primer elemento que compartimos con Adán, como cabeza de la raza humana, es su cuerpo físico. Todos los que han tenido un nacimiento normal tienen el mismo cuerpo humano que Dios le dio a Adán cuando él fue creado. El segundo elemento que proviene de Adán como cabeza de la raza humana es que todos los seres humanos comparten su naturaleza. En Romanos 5:12, Pablo escribe, *“el pecado entró en el mundo por un hombre.”* Y en el verso 19, Pablo declara, *“Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores.”*

En el momento en que Adán desobedeció a Dios y comió del árbol prohibido, él no solo causó el problema del pecado para él mismo sino que también lo pasó a cada persona que nace en su

raza – con la excepción del Señor Jesucristo, el Hijo del Hombre perfecto. Romanos 5:12-13 nos dice que Adán no tan solo nos transmitió el problema del pecado sino también el de la muerte. Todos nosotros estamos destinados a morir por lo que hizo Adán. Dios les expulsó del jardín de Edén para que ellos no comieran del árbol de la vida y vivieran para siempre en este mundo en un estado pecaminoso. Y también vino el juicio de la muerte física en el futuro para ellos y para toda la raza humana ya que somos sus descendientes. Cuando nacemos en la raza de Adán nacemos con las semillas de la muerte en nuestros cuerpos. 1 Corintios 15:22 nos dice que, *“En Adán todos mueren.”*

Por medio de este estudio de Adán y su raza, hemos establecido la siguiente verdad: Cuando nacemos en la raza de Adán, las cosas que fueron una realidad para Adán también lo son para nosotros. A Jesús se le llama “El Postrer Adán”. Y esto revela una verdad de más suprema importancia la cual es: cuando nosotros fuimos “nacidos de nuevo” y entramos en la raza de Jesús, las cosas que fueron una realidad para El, también lo son para nosotros. Por lo tanto, cuando entendemos el concepto de Jesús como “El Postrer Adán”, también entenderemos lo que ha llegado a ser una realidad para nosotros como miembros de Su raza.

Las verdades anteriores se enseñan claramente en Romanos 6:3-5 que dice: *“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con El para*

muerte por el bautismo a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con El en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.”

Al entrar en la raza de Jesús, nosotros fuimos crucificados, sepultados y resucitados con El. Los capítulos siguientes nos explicarán el significado de nuestra crucifixión, sepultura y resurrección y nos mostrarán como es que Jesús, ha provisto una herencia abundante para todos aquellos creyentes que hacen de estas realidades su vida práctica.

CAPITULO TRES: ENTENDIENDO EL PECADO

Si es que hemos de experimentar la vida abundante, entonces también debemos experimentar nuestra unión con Cristo en la crucifixión, sepultura y resurrección. Además debemos tener una plena identificación y entendimiento de nuestro problema con el pecado. Este capítulo se ha escrito con el propósito de ayudarnos a lograr esto.

Nuestros fracasos espirituales han sido dolorosos y con frecuencia deprimentes. Estos nos han dado a conocer que venimos a este mundo equipados con una naturaleza de pecado – que todavía está en continuo funcionamiento aún después de ser salvos. Hasta que hayamos admitido, identificado y entendido nuestro problema con el pecado, pasaremos el resto de nuestras vidas tratando con pecados específicos pero sin tratar con su origen.

El Nuevo Testamento usa tres términos para describir nuestro problema: “Pecado,” “el viejo hombre” y “la carne.” El Antiguo Testamento usa un cuarto término, “El conocimiento del bien y del mal.” Esto lo encontramos en el segundo y tercer capítulo de Génesis. Veremos lo que este término significa cuando leamos algunos pasajes de Génesis que nos muestran el origen de nuestra naturaleza de pecado.

Génesis 2:9: Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto y el árbol de la ciencia del bien y el mal.

Génesis 2:16-17: Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

Génesis 3:1-3: Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que esta en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis.

Génesis 3:4-6: Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Génesis 3:11, 12: Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dió del árbol, y yo comí.

Génesis 3:22, 23: Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado.

Estos versículos nos muestran que Adán con el conocimiento del bien y del mal, ya había corrompido su alma. Después él nos transmitió esa corrupción. Necesitamos entender el significado del concepto de la corrupción del alma de Adán con el conocimiento del bien y del mal y también el hecho de que nuestras almas también se hayan corrompido a consecuencia de lo mismo.

Romanos 1:18–22 es un registro de la historia terrible del rechazo de Dios por la humanidad y el subsecuente y creciente decaimiento moral y espiritual. Una de las razones que se dan de este rechazo total de Dios y el decaimiento resultante es que los seres humanos “*profesando ser sabios, se hicieron necios,*” (vs. 22) Así que tal parece que la creencia arrogante y destructiva de la humanidad que declara que nosotros logramos ser sabios sin necesidad de Dios es en sí “el conocimiento del bien y del mal.” En este libro, hablaremos de la manera en que nos afecta esta creencia destructiva. Observaremos que si no se le trata adecuadamente, ésta gobernará sobre nosotros tal como lo hace un horrible dictador. La frase, “el conocimiento del bien y del mal” (una actitud orgullosa de autosuficiencia) se refiere a nuestra vieja naturaleza mortal.

Observamos esta actitud en las personas de todas partes. No tiene límites. Juzgamos todo y a todos y tratamos de hacer decisiones por todos – ya que nos hemos convencido a nosotros mismos que sabemos más que los demás. De hecho, a veces llegamos a pensar que sabemos más que Dios. Han surgido muchos problemas serios en las iglesias y se ha creado mucho dolor y sufrimiento por causa del creyente que piensa que lo sabe todo y que su punto de vista es siempre el correcto.

Este problema de pecado comienza en nuestros pensamientos y se hace evidente por nuestras acciones. Proverbios 23:7 dice, *“Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él [el hombre].”* Por esa misma razón Pablo nos dice en Romanos 12:2 que debemos de ser transformados “por medio de la renovación de nuestro entendimiento.” Es interesante, ya que también la palabra “arrepentirse” proviene de dos palabras griegas que significan “cambio de mente.”

Debemos entender los tres términos mencionados con anterioridad del Nuevo Testamento que describen nuestro problema del pecado. Estos son: “pecado,” “el viejo hombre” y “la carne.” Para entenderlos mejor haremos bien en definirlos. “Pecado,” cuando el Nuevo Testamento hace uso de este término para referirse a nuestra naturaleza pecaminosa, se deberá entender como el “conocimiento del bien y del mal”. El término, “Viejo hombre,” se refiere al tipo de personas en las que nos convertimos al ser nacidos en la raza de Adán. Nuestro viejo hombre es el producto de la actitud que tenemos cuando

pensamos que lo sabemos todo y que somos autosuficientes. El término, “carne,” es la característica principal del viejo hombre.

¿A qué nos referimos entonces cuando hablamos de nuestra carne? Nuestra carne es la actitud del que piensa que lo sabe todo. Cuando vivimos en la carne, (y no en el Espíritu) tenemos confianza en nosotros mismos, en las habilidades y la sabiduría propias. Así que en este sentido, la carne y el conocimiento del bien y del mal tienen el mismo significado.

Esto se ilustra en el Antiguo Testamento en la entrega de la Ley o sea el pacto sagrado entre los hijos de Israel y Dios. En tres diferentes ocasiones el pueblo le dijo a Moisés: *“Todo lo que Jehová ha dicho, haremos.”* (Exodo 19:8; 24:3, 7) Por supuesto que la que estaba hablando era su confianza propia, lo que era obviamente una manifestación de su carne, porque con el transcurso del tiempo fue manifiesto que ellos no fueron capaces de obedecer la Ley a la perfección. Ellos fueron desobedientes al punto de la apostasía la mayoría de las veces y a través de su historia. De hecho, Moisés aún antes de su muerte y antes que pasaran cuarenta años desde que recibieron la Ley en el Monte del Sinaí, les dio esta palabra del Señor que profetizó su fracaso de no cumplir lo que tan confiadamente le habían prometido al Señor que cumplirían. *“Porque yo les introduciré a la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel; y comerán y se saciarán, y engordarán; y se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me enojarán, e invalidarán mi pacto”* (Deuteronomio 31:20).

Podemos concluir que el Nuevo Testamento se refiere a nuestra naturaleza de pecado como “la carne” ya que la carne es autoconfianza. La característica más básica de la autoconfianza es que pensamos que somos sabios y que lo sabemos todo. Aunque esto no sea un pensamiento consciente con frecuencia, se encuentra obviamente dentro de cada uno de nosotros.

Este problema o sea nuestra enfermedad espiritual fue creado para nosotros por nuestro padre natural Adán, cuando el comió del árbol equivocado. Aunque no estábamos allí cuando Adán se corrompió, como él es la cabeza de la raza natural, entonces también nosotros nos corrompimos. La naturaleza de pecado nos es por lo tanto, transmitida por el proceso de la concepción y el nacimiento en la raza de Adán.

CAPITULO CUATRO: CRUCIFICADOS, SEPULTADOS, RESUCITADOS Y SENTADOS CON CRISTO

Ya hemos visto que una vez que formamos parte de la raza de Jesús, somos crucificados, sepultados y resucitados con El. Y esto es posible ya que nuestro Señor fue crucificado como “El Postrer Adán” – la cabeza de la raza espiritual. Las Escrituras nos enseñan cuatro cosas en cuanto a nuestra crucifixión.

La primera es que nuestro viejo hombre ha sido crucificado. Pablo escribe, *“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él”* (Romanos 6:6). Nuestro viejo hombre es el tipo de persona que somos por nuestro primer nacimiento – en la raza de Adán. Sin Embargo debes saber que la crucifixión de nuestro hombre viejo no significa su destrucción completa. Si ello fuera verdad, los cristianos ya no tendríamos el problema del pecado. Pero aun cuando nuestro hombre viejo no sea removido en su totalidad, a este se le puede privar de poder y como resultado podremos tener una libertad del mismo que va en aumento mediante la práctica de nuestra unión con Cristo.

Romanos 6:1,2 menciona el segundo elemento de nuestra crucifixión – estamos muertos al pecado. *“¿Qué, pues, diremos perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”* Romanos 6:10 también nos dice que Jesús *“murió al pecado”*. Y poco después que Pablo declara que Jesús está muerto al pecado, el nos exhorta a que

nosotros mismos nos consideremos muertos al pecado. Cuando estamos muertos hacia algo, estamos separados de ese algo.

La tercer característica de nuestra crucifixión es que hemos sido crucificados para con el mundo. Pablo testifica que: *“Pero lejos este de mí el gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”* (Gálatas 6:14) ¿A qué se refiere Pablo con la palabra mundo? El mundo se compone de todos los que no están caminando en el Espíritu. Son por lo tanto todos los cristianos que viven en carnalidad, así como todas las personas que no son salvas, todos ellos pertenecen al mundo. La “gente mundana” aun puede estar muy cercana a ti. Aunque a la verdad, parece que son muy buenas personas, estas pueden realmente estar alejándonos de la voluntad del Señor. Por lo que, es posible que estemos mas influenciados por el mundo de lo que nos percatamos.

El cuarto elemento de nuestra crucifixión es que nosotros hemos sido crucificados a una vida que se conforma a la Ley. Existe una muy buena razón para regocijarse al conocer que hemos muerto a una vida mediante la Ley. En Romanos 7:1-4, Pablo muestra esta verdad haciendo uso de una simple analogía del matrimonio entre un esposo y una esposa. Cuando el marido muere, la mujer es libre para volverse a casar. Ella ya no se encuentra bajo la autoridad de ese marido y es libre para casarse otra vez. En la aplicación de Pablo, el cristiano es la mujer. Los dos maridos son la Ley y Cristo. La analogía es que

nosotros como creyentes hemos muerto a la ley por medio de nuestra crucifixión con Cristo. Esto es lo que hace posible que nosotros seamos libres de la esclavitud de la Ley. Y esta nueva relación matrimonial con Cristo como nuestro esposo, produce fruto para con Dios.

Cuando consideramos la vida cristiana como una serie de reglas que han de ser guardadas (o sea la observancia de la Ley), nos hemos colocado una carga pesada sobre nosotros mismos. Nuestra actitud es “haré esto” o haré aquello.” Nuestra muerte a la Ley, es entonces la libertad de intentar de guardar los mandatos de la Biblia con nuestras propias fuerzas. Tenemos la libertad de guardar las reglas establecidas por los hombres, la libertad de tratar de hacer lo mejor que podemos para Jesús y aún la libertad de tratar de hacer algo bueno. Nuestra muerte a la Ley es libertad de la carne y de todas sus capacidades trágicas.

No solamente hemos sido crucificados con Cristo sino que también, como lo enseña la Escritura hemos sido sepultados con El. Romanos 6:4 dice, *“Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo.”* Nuestra sepultura hace mas grande el significado de nuestra victoria sobre nuestro hombre viejo – ya que el se encuentra tanto crucificado como sepultado. La única y específica razón que nos da la Escritura para nuestra sepultura es la preparación para nuestra resurrección. Romanos 6:4 dice *“Porque somos sepultados juntamente con El para muerte por el bautismo, a fin*

de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del padre, así también nosotros andemos en vida nueva.”

Somos sepultados para ser resucitados. Por lo que, cualquier exposición que trate de nuestra sepultura conduce a un estudio de nuestra resurrección. En Romanos 6:5, Pablo escribe, *“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.”* El mensaje de Romanos 5:4-5 es que los creyentes tenemos el privilegio y el poder de andar en novedad de vida ya que somos resucitados tal como lo fue nuestro Señor. Nuestra muerte y resurrección son como la muerte y resurrección de Jesús con la excepción de que la Suya fue física y la nuestra es espiritual. El Espíritu de Dios vino a morar en nosotros en el momento de nuestra conversión. El nos ha dado vida en Cristo.

La resurrección espiritual de todos los creyentes tiene tres dimensiones. Hemos recibido vida, se nos ha levantado y se nos ha sentado en los lugares celestiales. Cuando Cristo fue resucitado de los muertos, no solo recibió la vida, sino que también fue levantado y sentado a la diestra del Padre. Así que ahora debemos entender lo que significa estar sentados con Cristo. Hemos sido colocados allá con El en el momento mismo de nuestra conversión cuando se nos colocó en unión con Cristo.

Esta sección del mensaje de nuestra unión con Cristo parece ser la más difícil de entender. Cuando Pablo oraba por los creyentes de Efeso, el oraba para que ellos pudieran

comprender la grandeza del poder que está disponible a todo aquel que cree. (Efesios 1:19-20) Era el mismo poder que fue manifestado en Jesús y que solo está disponible para aquellos que continuamente viven una vida de dependencia de Dios. Pablo lo describe de esta manera, “... *según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies...*” (Ef. 1:19-22). Por razón de nuestra unión con Cristo, los creyentes podemos experimentar una vida de poder de resurrección con la certeza que estamos sentados con El en Su lugar de gobierno y autoridad.

CAPITULO CINCO: ¿COMO PODEMOS EXPERIMENTAR ESTO?

Aun los creyentes que no entienden su unión con Cristo experimentan algunos de los beneficios de su crucifixión, sepultura y resurrección. Sin embargo, nunca los experimentaremos plenamente hasta no obedecer lo que nos muestran las Escrituras. Así como hemos recibido la salvación, aprendiendo primeramente lo que significa y luego creyendo, de esa misma manera experimentamos plenamente nuestra crucifixión, sepultura y resurrección. El proceso para experimentar esto se nos da en Romanos 6:3-13.

El primer asunto en el que nos debemos enfocar es nuestra responsabilidad para creer que ya hemos sido crucificados, sepultados y resucitados. Existen dos mandamientos con respecto a esto. El primero es: *“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús”* (Romanos 6:11). El creer que nosotros estamos muertos al pecado y vivos para Dios no es una promesa que se hace a Dios para no pecar jamás ni tampoco es un arrepentimiento por alguna clase de pecado que hayamos cometido. Estamos creyendo simplemente que estamos muertos al pecado y vivos para Dios. Notemos que es un mandato. Por lo que, si no creemos que esto es verdad, estamos viviendo en desobediencia.

El segundo mandato de fe se encuentra en el versículo 13, *“presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos.”* Si consideramos el contexto de todo el pasaje, podremos observar que Pablo está diciendo que hemos de ofrecer o ceder a Dios nuestro ser como alguien que ha sido crucificado, sepultado y resucitado.

El mandato de Pablo de “considerar” o creer (vs. 11) es un mandato que requiere una acción continua de parte nuestra. Hemos de creer a cada momento que estamos muertos al pecado y vivos para Dios y hemos de continuar rindiéndonos a Dios mientras obedecemos estos mandatos.

Algunas personas están bajo la impresión de que el obedecer estos mandatos es un acto que se hace una sola vez. Si eso fuera verdad, entonces en el momento en que la persona cree en Cristo y decide su unión con él, en ese momento, vivirá una vida de victoria diaria en este mundo. Y como esto no es verdad, entonces esa impresión falsa no es ni Bíblica ni es de ayuda alguna.

En Romanos 8:2 Pablo escribe: *“Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”* Esto nos dice que el Espíritu Santo opera en las vidas de todos los creyentes por medio de una ley. Esa ley es la que nos dará nuestra vida abundante a través de nuestra unión con Jesucristo. Por lo tanto, el espíritu Santo nos recordará en el transcurso de cada día que nosotros estamos muertos al pecado y vivos para Dios. Cuando El nos da estos recordatorios tiernos,

nosotros debemos responder con una fe positiva que muestre que verdaderamente somos muertos al pecado y vivos para Dios.

En Romanos 6:16, Pablo nos informa que hemos llegado a ser esclavos de las cosas que hacemos una y otra vez. Así que cuando creemos una y otra vez que somos muertos al pecado y vivos para Dios, eventualmente seremos esclavos de esa fe. En otras palabras, esa fe dominará nuestras vidas. Sin embargo, este es un proceso y tomará su tiempo. Este proceso funciona de la manera siguiente: Al comienzo del día el Espíritu Santo nos recordará de nuestra crucifixión, sepultura y resurrección y nosotros respondemos que estamos de acuerdo y que esas verdades son ciertas en nosotros. Luego El nos dará esos tiernos recordatorios durante el día. Al principio van a pasar horas sin que nos demos cuenta de Dios y de nuestra unión con Cristo, pero con el tiempo, desarrollaremos un hábito de creer que estamos muertos al pecado y vivos para Dios. Creer que ya estamos crucificados significa que creemos que estamos muertos al pecado; nuestro viejo hombre es crucificado; estamos crucificados para el mundo; y estamos crucificados para la ley.

La libertad de la esclavitud a nuestra naturaleza pecaminosa se expresa también en la declaración verdadera que dice que nuestro hombre ya está crucificado. Nuestra carne y todo lo que esta ha producido en nuestras vidas ha sido ya crucificada. Este pensamiento nos ofrece una victoria doble sobre nuestra naturaleza pecaminosa. En lo que concierne a nuestra vieja

naturaleza de pecado ya estamos muertos a la vez que nuestra naturaleza ya ha sido crucificada.

Por lo tanto, podemos con toda confianza creer que ya no es necesario que tengamos que cometer los pecados que nos están haciendo tan miserables. Esto no quiere decir que creemos que ya no vamos a pecar. Es creer que *ya no tenemos que hacerlo*. Tú puedes poner ese principio de fe a trabajar en este momento. Agradece al Señor que jamás estarás bajo dominio del pecado. Ya nunca tienes que estar temeroso, celoso, amargado, preocupado, lleno de lascivia o esclavizado a cualquier pecado que ha hecho hasta ahora tu vida miserable.

Además que nuestro viejo hombre ha sido crucificado, también ha sido sepultado. Esta sepultura es una preparación para la resurrección. Hemos sido crucificados y sepultados con el fin de ser resucitados y colocados espiritualmente en la presencia del Padre. En Efesios 2:4-7, se nos dice que el Espíritu Santo ha venido a morar en nosotros. Hemos sido levantados de entre los muertos y se nos ha sentado en los lugares celestiales.

“Y juntamente con él nos resucitó, y así mismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (vs. 6). Esto parece que es difícil de entender para algunos creyentes. Quizás sea difícil porque se trata de una vida tan gloriosa, que no podemos imaginar a alguien viviendo en la presencia de Dios. O quizás porque creemos que no merecemos ser bendecidos de esa manera. Pero debemos tener en cuenta que todas las cosas que pertenecen a la salvación son un regalo de Dios. No la

merecimos. Así que tomemos un paso de fe y demos gracias a Dios que nos ha sentado con Cristo en los lugares celestiales.

Todas estas declaraciones concernientes a nuestra unión con Cristo quizás hacen que te preguntes, “Si es que ya hemos sido crucificados, sepultados y resucitados, ¿Porqué es que tenemos que creer que estas cosas sean verdad en nosotros para poder experimentarlas?” ¡Pero la realidad es que existen cosas en la vida cristiana que no se pueden experimentar hasta que nosotros creamos que son verdad!

El perdón de nuestros pecados es un ejemplo perfecto de esta ley espiritual. ¿Has confesado más de alguna vez un pecado que has cometido? Quizás hayas confesado algunos pecados muchas veces. Pero, ¿cuando fuiste perdonado? 1 Juan 1:9 nos dice que, *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”* Entonces si ya has sido perdonado inmediatamente, ¿porqué continúas confesando el mismo pecado una y otra vez? Probablemente fue porque no te *sentiste* perdonado. Realmente no creíste que Dios te perdonaba con tan solo confesar el pecado. Algunas personas continúan viviendo con sentimientos de culpa por años, porque no creen que Dios ya les haya perdonado un pecado en particular que se ha cometido en el pasado. Así que, no han experimentado el perdón aunque el perdón sea una realidad para ellos. De la misma manera solo experimentaremos nuestra crucifixión, sepultura y resurrección cuando *creamos* que ya estamos crucificados, sepultados y resucitados.

CAPITULO SEIS: LOS CUATRO MANDATOS DE ROMANOS 6:12-13

Es posible que por años hayamos creído que hemos sido crucificados, sepultados y resucitados con Cristo, pero nuestras vidas no han cambiado; por lo que hemos de añadir a nuestro principio de la fe, la función de la elección. Cuando entendemos, creemos y decidimos nuestra unión con Cristo, entonces comenzaremos a experimentar la vida abundante que Dios tiene para nosotros. En Romanos 6:12-13 hay cuatro mandatos que nos explican como hacer esta elección día con día

El primer mandato es, *“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”* (vs. 12). La palabra “pecado” se refiere a nuestra actitud de creer que lo sabemos todo. El hecho que Pablo haya dado ese mandato, indica que este tipo de actitud procurará continuamente controlar nuestros cuerpos. Necesitamos estar a la defensiva constantemente. Y nuestra defensa es el ejercicio de nuestro poder para elegir que “no reine el pecado”. Constantemente hemos de elegir no llevar a la práctica nuestro propio razonamiento y sabiduría. Debemos dejar de decidir lo que se supone que debemos hacer o lo que se supone que otra gente debe hacer. ¡Y debemos dejar de decidir lo que creemos que el Señor debe hacer! Pablo dice que cuando el pecado reina en nuestros cuerpos nuestro enfoque total es el cuerpo y este es quien controla.

El segundo mandato es, “*ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad*” (vs. 13). Este mandato es similar al anterior pero más específico. El mandato del verso 12 trata de todo el cuerpo. Este trata con las partes individuales de nuestros cuerpos. No presentes ninguna parte de tu cuerpo al control de tu propio razonamiento. Para dar un ejemplo de lo que Pablo está pensando, piensa en tu habilidad para hablar. Hablamos cientos de veces a diario. Pero, según este mandato, nunca debemos decidir nosotros mismos lo que debemos hablar. Pablo está tratando con los miembros individuales, en este caso la lengua. Este cambio de lo general a lo particular indica que muchos hijos de Dios desean que el Señor los controle - pero no en su totalidad. Ellos desean reservar algunas partes de sus cuerpos o de sus vidas para su propio control. Así que Pablo ordena que ni una mínima parte de nuestros cuerpos debe estar bajo nuestro control. Este pasaje nos advierte que cuando elegimos usar las partes de nuestros cuerpos para nuestros propios propósitos, el resultado será la iniquidad.

Pablo nos da la alternativa en el verso 13: “*Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos.*” Este tercer mandato nos muestra que es necesario que hagamos la elección de una vida de unión con Cristo. El ejercicio de nuestra voluntad es expresado en las primeras cinco palabras – “*Presentaos vosotros mismos a Dios.*” Pero este no es un ejercicio de la voluntad que se hace una sola vez, de lo contrario nos encontraremos otra vez controlando nuestras propias vidas.

Después de esto, es necesario que respondamos con otra decisión de entregarnos nosotros mismos a Dios.

El mandato de rendirnos o entregarnos a Dios como vivos de entre los muertos, es probablemente diferente al consejo que les hemos dado a otras personas cuando tratamos de ayudarles a crecer en su vida cristiana. Quizás les hemos sugerido que lean sus Biblias y oren más. O quizás les dijimos que rededicaran sus vidas al Señor y sirvieran mas a otros. Y pensamos que les estábamos dando buenos consejos. Probablemente sabíamos que debíamos estar totalmente disponibles para Dios. Pero lo que no sabíamos es que esta debe ser una disponibilidad total producida por la fe y el conocimiento de haber sido crucificados, sepultados y resucitados. Cuando entregamos nuestras vidas a Dios, como aquellos que son vivos de entre los muertos, estamos considerando que nuestro punto de vista ha sido también muerto y sepultado. Deseamos vivir solamente desde Su punto de vista.

El cuarto mandamiento se nos da en la última parte del versículo 13, “y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.” No hemos de usar nuestra habilidad para hablar o para expresar el punto de vista propio, sino que hemos de entregar a Dios esa habilidad. En otras palabras, ya no tenemos el derecho de hablar a nadie lo que queremos hablar; tampoco tenemos el derecho de permanecer en silencio. Hemos entregado nuestro derecho al control de Dios. Todas las partes de nuestro cuerpo deberán ser colocadas bajo el control del

Señor. Pablo nos dice que cuando Dios usa las partes de nuestros cuerpos, El las transforma en instrumentos de justicia. Por lo tanto, Dios hará a través de nuestros cuerpos, actos de justicia.

Recuerda que estos mandatos pueden obedecerse solo si se han obedecido los mandatos anteriores, que se encuentran en el capítulo seis de Romanos. O sea que nuestra habilidad para entregar las partes de nuestros cuerpos a Dios solo es posible cuando rehusamos ofrecer nuestros cuerpos al control del pecado y cuando nos entregamos a Dios como los que han sido crucificados, sepultados y resucitados.

Lee otra vez los cinco mandatos de la vida por gracia.

- *Considérate muerto al pecado pero vivo para Dios.*
- *Que no reine el pecado en tu cuerpo mortal de modo que lo obedezcas.*
- *No dispongas ninguna parte de tu cuerpo a tu naturaleza pecaminosa.*
- *Hazte disponible a Dios como alguien que ha sido crucificado, sepultado y resucitado.*
- *Haz los miembros de tu cuerpo disponibles a Dios para que El haga obras de justicia a través de ellos.*

CAPITULO SIETE: LA VIDA LLENA DEL ESPIRITU

Aun si una persona no lee el Nuevo Testamento minuciosamente, no podrá pasar por alto las enseñanzas que tratan el tema de la morada de Jesús en todos los creyentes. Romanos 8:9 declara, *“Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.”* Y Pablo dice en Gálatas 2:20, *“mas Cristo vive en mí.”*

Según otros pasajes de la Biblia, Dios el Padre y Dios el Espíritu moran también en los creyentes. En Juan 14:23, Jesús dice, *“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.”* Y en Juan 14:16-17, Jesús prometió a sus seguidores que el Espíritu Santo que estaba con ellos estaría en ellos. *“Y yo rogaré al Padre, y el os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre – el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.”*

A pesar de lo alentadora que sea la certeza de Cristo “en” nosotros, no hemos de pensar que su presencia en nosotros es lo único que necesitamos. El también debe sentirse “como en Su casa” en nosotros. Eso significa que nosotros debemos de estar continuamente llenos del Espíritu Santo.

Pablo escribe en Efesios 3:14-17, *“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con*

poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones.”

Ya que Cristo está “en” nosotros, entonces es posible que nosotros seamos llenos con Su Espíritu. Sin Embargo, debemos entender que hemos de ser *llenos* con el Espíritu de Cristo. No podemos llenarnos a nosotros mismos.

Muchos de nosotros hemos conocido lo frustrante que es procurar un continuo llenamiento con el Espíritu Santo. Ya habíamos experimentado ese llenamiento poco después de haber recibido a Jesús como Señor y Salvador. Desde ese momento hemos gustado en breve de la llenura. Pero, nada de lo que hemos tratado ha resultado en una llenura continua del Espíritu.

Nuestro fracaso se debió a nuestra falta de entendimiento. Por lo tanto es necesario que veamos algunos pasajes importantes de la Escritura que nos ayuden a ver de qué manera podemos entrar en la vida del continuo llenamiento del Espíritu.

Pablo nos manda que seamos llenos del Espíritu en Efesios 5:18. Esta debe ser una acción continua. Esa verdad por sí sola deberá convencernos que el Señor desea que seamos siempre llenos con el Espíritu. Una vez que nos damos cuenta que Su deseo es el de llenarnos, entonces nos percataremos que la carga del llenamiento no es de nosotros.

Una manera de asegurarnos que es posible ser llenos con el Espíritu es la forma pasiva del verbo en que se da la orden, o sea que no se nos ordena que nos llenemos nosotros mismos.

Al contrario, se nos dice que seamos llenos. Hemos de procurar constantemente recibir el llenamiento del Espíritu quien ha deseado llenarnos desde el momento que recibimos a Jesús como nuestro Salvador.

Ahora llegamos a una cuestión de suma importancia: “Si El Espíritu Santo desea intensamente llenarnos y también nosotros lo deseamos intensamente, entonces ¿porqué no lo estamos experimentando?” La respuesta es muy simple. En Gálatas 5:17, Pablo dice, “*Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu.*” Por lo tanto podemos observar que si estamos procurando ser llenos con el Espíritu y no estamos siendo llenados, el estorbo se encuentra en la carne. Pero ¿puede hacerse algo acerca de ese estorbo? ¡Si! Gracias a Dios que la carne ya ha sido crucificada y puede, por lo tanto ser privada de poder y derribada para que no sea ya una barrera para la llenura del Espíritu Santo.

En Gálatas 5:24, leemos “*Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.*” ¡Esto significa que la victoria es posible! En el mismo momento en que creímos en Cristo, fue crucificada nuestra carne con sus pasiones y deseos. Cuando experimentamos la crucifixión de nuestra carne, esta ya no se encuentra bajo control, de manera que el Espíritu Santo ahora tiene la libertad de controlar nuestras pasiones y deseos.

Toma un momento ahora para ir en silencio delante del Señor. Haz una decisión consciente de renunciar a la fe que tienes en tí

mismo y a la noción de que tú eres sabio. Entrega todos tus planes y tu actitud de sabelotodo. Desea solo los planes que Dios tiene para ti, para otros y para el Reino de Dios. Cree ahora que tu carne ya ha sido crucificada. Solo habla con el Señor y dile, “Amado Señor, en este mismo momento recibo la llenura del Espíritu. Conozco que El ha estado tratando de llenarme desde el momento en que fui tuyo.” TU AHORA ESTAS LLENO CON EL ESPIRITU SANTO.

Recuerda que el mandato de Pablo de Efesios 5:18 es que nosotros seamos llenados continuamente del Espíritu. Algunos creyentes se describen como “llenos del Espíritu,” como si ellos hubieran alcanzado un lugar especial en sus vidas espirituales. Pero eso no es verdad. Cuando Pablo escribió ese mandato de ser continuamente llenados, él supo que una llenada no sería suficiente. Y no existe tal cosa como un creyente que llega a alcanzar un lugar en su vida cristiana en donde se puede describir como “lleno del Espíritu.” Debemos de ser llenados una y otra vez.

Nuestra carne es difícil de matar. Sigue regresando para tomar el poder. La única manera en que la carne puede estar sin fuerza es rechazándola continuamente y creyendo el hecho que ya está crucificada. ¡Sigán siendo llenados con el Espíritu! Háganlo de la misma manera en que lo hicieron hace algunos momentos.

Ahora veremos algunas de las muchas bendiciones que son nuestras cuando somos llenos con el Espíritu.

CAPITULO OCHO: LA DIFERENCIA QUE HACE EL ESPIRITU

Hay una gran diferencia entre la vida vieja que tenía como lema “haciendo lo mejor para Jesús” y la vida nueva que puede recibir la llenura del Espíritu de Cristo. Las Escrituras revelan varios ministerios del Espíritu Santo. En este capítulo veremos algunos de esos ministerios.

La vida Cristiana es una vida de crecimiento por lo que no debemos pensar que desde el momento que Cristo nos salvó hemos permanecido llenos con el Espíritu Santo. Cada día podemos crecer hasta llegar a un llenamiento mas continuo. Los cambios que podemos esperar son: Cambios personales, cambios en nuestra relación con Dios, cambios en nuestras relaciones con los demás y cambios en nuestro servicio cristiano.

Todos estos cambios son un resultado natural de ser llenos con el Espíritu. Cualquier esfuerzo de nuestra parte para lograr esto no será efectivo. Si es que carecemos de las cualidades antes mencionadas, es necesario recibir el llenamiento del Espíritu Santo. Estas cualidades no las podemos cultivar nosotros mismos. Y aunque estos cambios afectan nuestras vidas personales, a su debido tiempo, brotarán en cada una de las áreas de nuestras vidas. He aquí algunas de las bendiciones y cambios que debemos esperar como resultado del llenamiento del Espíritu.

El fruto del Espíritu es gozo. Gozo es ahora una cualidad muy rara. Ya que para la mayoría de nosotros el gozo depende de si las circunstancias se acomodan o no a nuestros gustos. Cuando somos llenos con el Espíritu, el gozo nos pertenece sin importar cuales sean las circunstancias.

El fruto del Espíritu es paz. Esto significa que tenemos una paz interior. También significa que tenemos paz con Dios y con los demás (siempre y cuando ellos lo permitan). Es emocionante saber que en un día lleno de dificultades, dolor, desesperación, culpabilidad, odio, luchas y guerra, nosotros podemos ser los hijos de paz por estar llenos con el Espíritu.

El fruto del Espíritu es bondad. Casi todos los padres les enseñan a sus hijos a ser buenos. Sin embargo Jesús dice que sólo Dios es bueno. La única manera en que nosotros podemos ser buenos es permitiendo a Dios ser bueno en nosotros. Y la única manera de permitir que Dios sea bueno en nosotros es mediante el llenamiento del Espíritu Santo.

Otra cosa que el Espíritu Santo produce en nuestras vidas es el dominio propio. La palabra dominio propio, proviene de dos palabras que significan “poder sobre el yo.” El Espíritu Santo producirá el poder dentro de nosotros, lo cual significa que no estaremos “fuera de control” y que seremos libres con el fin de responder con nuestra voluntad al liderazgo del Señor.

En muchas ocasiones las Escrituras le llaman al Espíritu Santo el Espíritu de verdad. En Juan 16:13, Jesús dice que el Espíritu Santo nos guiará a toda verdad. En Juan 14:26, El dice que el

Espíritu nos enseñará todas las cosas. Pablo nos dice en 1 Corintios 2:9-10 que el Espíritu Santo nos revelará las cosas que Dios ha preparado para aquellos que le aman. Cuando el Espíritu Santo llena nuestras vidas, tenemos una fuente ilimitada de luz espiritual y esa luz nos ilumina continuamente.

Jesús dijo también que, *“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Juan 14:26). Muchos nos hemos asombrado cuando al presentar el evangelio, recordamos repentinamente un versículo de la Escritura que no habíamos considerado por años. El Espíritu Santo trabaja de esa manera en todas las áreas de la vida de los creyentes que viven continua y prácticamente la vida llena con el Espíritu.

El Espíritu Santo también da “vida a nuestros cuerpos mortales.” Esto significa que El nos libera de las emociones que nos arrebatan la energía como lo son; miedo, preocupación, depresión, ira, amargura y odio. El hace esto cuando nos libera de la toma de decisiones. Debemos recordar que cuando andamos en el Espíritu, el Señor es el que hace las decisiones por nosotros y nosotros solo las aceptamos. Además, hay ocasiones en las que el Señor nos guía a hacer cosas para las cuales no tenemos suficiente energía física. En esas ocasiones, el Espíritu Santo nos dará los recursos de energía física y fortaleza para llevar a cabo las cosas a las cuales Dios nos ha guiado.

Pablo nos dice que nosotros deberíamos estar: *“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”* (Efesios 6:18).

Nuestras oraciones cambian cuando oramos siendo guiados por el Espíritu Santo. Habrá menos desperdicio de tiempo, menos súplicas innecesarias, aumento en nuestro entendimiento de las necesidades de oración y probablemente, menos emociones negativas y más paz en nuestros corazones al saber que Dios contestará nuestras oraciones.

Veremos también un aumento en nuestro agradecimiento. *“Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre”* (Efesios 5:20). Estas acciones de gracias cambian la vida de los hijos de Dios. Algunas personas se han levantado de una depresión profunda al comenzar a dar gracias a Dios por todas sus circunstancias. Tales acciones de gracias son una expresión de nuestra fe al saber que Dios controla todas nuestras circunstancias. Dar gracias al Señor por todo no es algo natural. Sin embargo, cuando estamos llenos con el Espíritu, estaremos continuamente dando gracias a Dios por todas las cosas.

Nuestra relación con Dios es creciente. He aquí algunas maneras en las cuales esa relación se puede incrementar durante el proceso de ser llenos continuamente con el Espíritu.

El fruto del Espíritu es amor. Nuestro Señor dice que el más grande de todos los mandamientos es que amemos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerza. Después El añade que también debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Por lo tanto, la primera dirección del amor que va de un corazón lleno con el Espíritu Santo es hacia Dios. Al continuar recibiendo el llenamiento del Espíritu Santo, existe un flujo creciente de amor hacia Dios.

El fruto del Espíritu Santo es mansedumbre. Nuestro Señor dice que los mansos heredarán la tierra. El También nos dijo que tomáramos Su yugo porque El es manso (o tierno). Muy correctamente se ha dicho que “la mansedumbre no es debilidad.” Mansedumbre es disponibilidad. El Señor no está buscando nuestra habilidad sino nuestra disponibilidad. Cuando somos llenos por el Espíritu, Dios nos puede usar para cualquier cosa que El quiera hacer.

El fruto del Espíritu es fe. Con frecuencia las Escrituras nos exhortan a desear una fe creciente en Dios. De hecho, Hebreos 11:6 nos dice que, “*Sin fe es imposible agradar a Dios.*” Tendremos ese tipo de fe mediante el continuo llenamiento con el Espíritu Santo.

Romanos 8:14 dice, “*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.*” Claramente podemos observar aquí que al estar llenos con el Espíritu, también seremos guiados por el Espíritu. Y al ser guiados continuamente por el Espíritu, caminaremos en el centro de la voluntad de Dios.

Romanos 8:1-4 enseña claramente que nosotros no guardamos la ley de Dios al tratar de cumplir la ley. Esto solo se puede lograr por el Poder del Espíritu Santo. Cuando leemos los Diez Mandamientos, podemos descubrir si estamos siendo llenados por el Espíritu Santo – ya que la justicia de la ley se cumple en aquellos que andan por el Espíritu. Pablo enseña también en Romanos 13:8, “*Porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley.*” Ya hemos visto que el fruto del Espíritu es amor. Por nuestra unión con Cristo, somos capaces de de andar en el

Espíritu y por lo tanto, capaces también de vivir en amor. Cuando vivimos en amor entonces estamos de acuerdo con la ley.

Las relaciones correctas con los demás es un tema muy común en la Biblia, es más común que el tema de nuestra relación con Dios. No es que sea más importante sino que se encuentra con más frecuencia. Y ¿quién no ha sufrido por una relación deficiente a nivel humano? Toda ayuda será bienvenida cuando se trata de nuestras relaciones con los demás. La victoria tan deseada solo se podrá conseguir con el llenamiento del Espíritu.

Una cosa que es muy necesaria en el trato con los demás es la paciencia. El fruto del Espíritu es la paciencia. Paciencia es la traducción de una palabra griega compuesta (formada con dos palabras), “ira” y “lejos.” Si los colocamos juntos nos darían “lejos de la ira.” Los matrimonios, las familias, las iglesias, y las demás relaciones podrían haberse salvado si hubiésemos tenido una buena cantidad de “ira alejada”. Caminemos en unión con Cristo y recibamos el llenamiento del Espíritu Santo lo cual nos dará la paciencia hacia los demás.

El fruto del Espíritu es benignidad. La palabra traducida “benignidad” tiene implícita la idea de amabilidad. ¡Con amabilidad se logra mucho! En un mundo que se caracteriza por egoísmo, rudeza, ira y odio, la amabilidad con frecuencia repara las relaciones rotas. La amabilidad en nosotros tiene el beneficio adicional de hacer que otros se sientan valorados – y esto no está nada mal.

“Someteos unos a otros en el temor de Dios.” (Efesios 5:21)
Cuando nos sometemos a alguien más, se lleva a cabo cierta entrega. La sumisión es lo opuesto al control de los demás. Un estudio del contexto de este versículo revela que la sumisión es el resultado del llenamiento con el Espíritu. Es claro que un espíritu de sumisión es el fundamento para las relaciones humanas fuertes.

También necesitamos la “unidad del Espíritu” (Efesios 4:3). Cuando el Espíritu Santo hace su voluntad en el corazón de los cristianos, El los ata con un lazo fuerte de unidad. Ciertamente el corazón de Dios se contrista cuando El ve las relaciones rotas entre Sus hijos. Pero también Su corazón se alegra cuando se le permite al Espíritu Santo atarnos con espíritu de unidad. Este espíritu de unidad fue por lo que nuestro Señor oró tanto en la gran oración intercesora de Juan capítulo 17. Piensa en el impacto que podemos tener en el mundo incrédulo cuando ellos nos vean unidos por el Espíritu que mora en nosotros. Por la obediencia al Espíritu y por el beneficio para los que no son salvos, andemos en unión con Cristo.

El llenamiento del Espíritu Santo nos convierte en cristianos productores de fruto. Todos los siervos del Señor que son verdaderamente fieles, no se satisfacen con su propio fruto. Ellos buscan un incremento de la producción de fruto para con Dios. Experimentaremos esos incrementos de fruto en la medida en que seamos llenos con el Espíritu. Nuestro Señor nos promete que, *“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”* (Juan 7:38). El verso 39 nos

revela que el agua es una referencia al Espíritu Santo. No se promete que fluirá “una pequeña corriente” de agua viva del interior de aquellos que viven en dependencia continua de El. Tampoco se promete que solo fluirá un “río”, sino que la promesa es que muchos “ríos” de agua viva van a fluir del interior de aquellos que siguen confiando en El. Y ya hemos visto que un resultado de ser llenos con el Espíritu Santo es la fe. Esos ríos fluirán a los salvos y a los no salvos por igual. Traeremos los perdidos a Cristo, y guiaremos a los salvos a la vida abundante. Tal producción de fruto representa un gran cambio para la mayoría de nosotros que hemos luchado tanto para tocar las vidas de otros para bendición y para el reino de Dios. Descubrir y experimentar la vida del llenamiento continuo del Espíritu Santo produce un gran cambio en la manera de evangelizar de muchos creyentes – un cambio que da como resultado mas producción de fruto.

Los cambios mencionados, que se producen en nuestras vidas debido al continuo llenamiento con el Espíritu Santo son significativos pero no son completos. Esperamos haber mencionado los suficientes, como para hacernos desear la llenura del Espíritu. Podemos tener un continuo llenamiento del Espíritu Santo viviendo a cada momento nuestra unión con Cristo en crucifixión, sepultura y resurrección. Sin retraso, comencemos ahora a vivir nuestra unión con Cristo y a experimentar la vida bendita del continuo llenamiento del Espíritu Santo.

CAPITULO NUEVE: LIBERTAD DEL PECADO

Este capítulo enseña las buenas noticias que consisten en que ya no tenemos que continuar bajo el control de algún pecado que nos produce sentimientos de culpa y fracaso. Algunas personas pudieran preguntarse: “¿Está usted enseñando que podemos llegar a ser perfectos y nunca pecar otra vez?” Debemos recalcar con fuerza que solo hasta que se termine esta vida es cuando los creyentes estaremos completamente libres de pecado. Sin embargo, podemos experimentar una libertad creciente de los pecados y del dolor resultante que estos causan en nuestras vidas, antes de partir para el cielo.

Debido a que muchos cristianos se sienten culpables y creen que sus pecados son peores que los pecados de otros, será de gran aliento que revisemos algunas de las listas Bíblicas de pecados. Estos pasajes indican que todos somos capaces de cometer cualquiera de estos pecados.

En Colosenses 3:8-10. Pablo dice que, *“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.”*

En otro pasaje, Pablo nos dice, *“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia,*

idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas” (Gálatas 5:19-21).

Al leer estos pasajes nos damos cuenta que los creyentes podemos ser capaces de cometer estos terribles pecados y por otra parte, es posible tener la libertad de los mismos. Es muy importante que creamos que es posible ser liberados de estos pecados que nos esclavizan – sin importar que tipo de pecado sea. Además debemos mencionar que hay otros elementos de nuestro viejo hombre que no son buenos y que en realidad no son considerados como “pecado.” Algunos de ellos son: Preocupación, lástima de sí mismo, necesidad, demasiada atención a nuestro cuerpo, un espíritu de criticismo o queja, desperdicio de tiempo y desaliento.

También podemos tener libertad de estas áreas de pecado. Por Ejemplo, podemos tener libertad de la preocupación. La razón por la cual nos preocupamos es por que tenemos una idea propia de lo que debe ser el futuro, de tal manera que cuando se dan circunstancias que no van de acuerdo con nuestras ideas entonces nos preocupamos y nos agitamos. En cambio si nos liberamos de la actitud de sabelotodo, de nuestro propio punto de vista acerca de las cosas y de la actitud de autosuficiencia, entonces seremos libres de la preocupación y capaces de dejar todo en las manos de Dios.

En Romanos 6:2, Pablo nos informó que los creyentes no tienen porque continuar en el pecado ya que en realidad están, “muertos al pecado.” En Romanos 6:6, aprendimos que nuestro viejo hombre está crucificado. Y como ya hemos visto, hay cosas en la vida cristiana que son verdaderas en nosotros y que no experimentaremos hasta que creamos que lo son y hagamos la decisión de experimentarlas.

Algunos creyentes han erróneamente creído que se puede tener victoria sobre el pecado mediante la confesión continua del mismo (según el principio de 1 John 1:9) y la recepción del perdón. Es importante practicar esto y experimentar libertad del gran dolor causado por nuestros pecados. Sin Embargo, si eso es todo lo que sabemos, seguiremos siendo cautivos de los pecados que ahora nos esclavizan por el resto de nuestros días en la tierra. Debemos recordar también que es necesario experimentar nuestra unión con Cristo si es que vamos a tener la victoria real y la libertad de nuestros pecados.

En Romanos 6:12, vimos que Pablo nos ordenó que no permitiéramos que el pecado reinara en nuestros cuerpos mortales. Este mandato nos muestra que la actitud de sabelotodo y de autosuficiencia estará tratando constantemente de controlar nuestras vidas. Y en Romanos 7:17, Pablo describe nuestra naturaleza de pecado como si fuera otra persona que vive en nosotros y nos hace hacer cosas que odiamos y que no deseamos hacer.

Romanos 6:11-23, recalca nuestra necesidad de experimentar nuestra unión con Cristo en la crucifixión, sepultura y resurrección con frecuencia. Las promesas de este pasaje nos aseguran que si continuamos experimentando nuestra unión con Cristo, poco a poco seremos puestos en libertad del control de nuestra naturaleza pecaminosa. Y como resultado de esto, seremos liberados de los pecados que provienen de la misma.

Experimentar la libertad de nuestros pecados es parecido a la acción de remover la cáscara de una cebolla. Quitas una capa y te encuentras con la otra debajo de esta. Al comenzar a experimentar la libertad de aquellas cosas que nos han causado sufrimiento, el Espíritu de Dios nos revelará otros pecados que ignorábamos. Cuando estos pecados escondidos se revelan, necesitamos tratar con ellos e inmediatamente recibir la libertad de ellos. Quizás el Señor nos revele dos o tres pecados que desconocíamos en una sola ocasión. Al recibir la libertad progresiva de los mismos, entonces El nos revelará otros. En algunos casos, desde el mismo momento en que comenzamos a tratar con un pecado en particular en base a nuestra unión con Cristo, experimentaremos parcialmente una liberación de ese pecado en particular. Sin embargo la mayoría de nuestros pecados deberán tratarse en un periodo más prolongado de tiempo. Algunos pecados parecen estar arraigados más firmemente que otros. ¡Esos pecados saldrán a la luz una y otra vez!

Aun así, no debemos desesperar. Con plena fe en nuestra unión con Cristo y en las promesas de Dios, continuemos creyendo y decidiendo tener la libertad de esos pecados que son más necios. Nunca estemos cómodos con alguno de ellos. Así como los israelitas no destruyeron a todos los habitantes de la tierra de Canaán aún cuando recibieron las instrucciones de hacerlo, de este modo, algunos siervos de Dios no han tratado con todos los pecados conocidos. El Señor les dijo a todos los israelitas desobedientes que si ellos no destruían a las otras naciones de la tierra de Canaán, éstos iban a ser para ellos “azotes para sus costados” (Jueces 2:3). Y podemos observar en los relatos históricos de Israel a través del Antiguo Testamento que esta profecía ciertamente fue una realidad. De la misma manera acontece con los pecados que no son tratados y de los cuales no decidimos ser liberados, estos serán también un azote para nuestro costado.

Debemos recordar que no vamos a llegar a un momento en esta vida en que dejamos de pecar. Sin embargo, si podemos experimentar una libertad creciente sobre el pecado lo cual es mucho mejor que una vida de fracaso que ya se ha considerado por muchos como algo aceptable en su vida cristiana.

Aceptemos por la fe el hecho de que con el tiempo podemos llegar a ser libres del pecado que nos esclaviza así como de sus consecuencias. Nuestros pecados nos han llevado a vivir una vida que no deseamos vivir y esto no puede compararse a lo que Dios planea para nosotros – lo cual es la vida abundante.

Podemos confiar en que seremos capaces salir adelante experimentando nuestra libertad del pecado. Pero para que esto suceda, hemos de seguir creyendo y experimentando nuestra unidad con Cristo en la crucifixión, sepultura y resurrección.

CAPITULO DIEZ: LIBERTAD DEL MUNDO

Pablo nos exhorta, *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (Romanos 12:2). Este versículo nos muestra que todos nosotros tenemos un deseo de conformarnos a (o copiar) lo que otras personas están haciendo. Pablo estaba enterado de su propia tendencia a conformarse y el lo confesó. *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”* (Gálatas 6:14).

Todos los creyentes deben ser advertidos del deseo de conformarse al mundo. Debemos reconocer las áreas en las que tal vez ya nos hayamos conformado. Muchos de nosotros llegamos a pensar que el mundo se compone solo por los incrédulos que rechazan al Señor – aquellos que viven en pecado flagrante contra Dios. Sin embargo, debemos pensar que el mundo son aquellos que viven bajo el control de Satanás y de la carne, sean estos creyentes o incrédulos. En otras palabras, cualquiera que no está caminando en el Espíritu.

Es posible que las personas que tienen más influencia sobre nosotros tienen algo de mundano en ellos. Quizás ellos sean líderes cristianos que conocemos. Son mundanos porque han sido influenciados por Satanás, la carne y el mundo para adoptar formas de vida contrarias a las enseñanzas de las

Escrituras. Y quizás no se den cuenta que ellos están de acuerdo con las filosofías de este mundo.

Necesitamos comparar nuestra manera de observar la vida contra la verdad de las Escrituras. Cuando algo no esta de acuerdo con la Escritura, entonces esto es erróneo y es una filosofía de este mundo. Las filosofías mundanas que se ocultan son como un cáncer mortal que no ha sido descubierto y pueden estar acabando con nuestra efectividad en la vida espiritual.

El Nuevo testamento nos enseña que debemos vivir nuestras vidas a cada momento en un estado de dependencia total de Dios en todas las cosas. Y sin embargo, la mayoría de las veces nos encontramos confiando en nuestras propias fuerzas y sabiduría. Romanos 1:17 dice, *“El justo vivirá por la fe.”* Hebreos 11:6 nos dice, *“sin fe es imposible agradar a Dios.”* Una persona que vive por la fe, confía en Dios a cada momento, en toda situación, sabiendo que El provee para todas nuestras necesidades. Con ese tipo de fe, sabemos con certeza que Dios nos mostrará cual es el siguiente paso que hay que dar. Solo una persona que tiene este tipo de fe está disponible a Dios. Romanos 12:1 nos ordena *“presentad vuestros cuerpos en sacrificio vivo.”* Romanos 6:13 dice, *“y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.”* Cuando confiamos en el Señor para dar el paso siguiente en determinada situación y respondemos en seguida a Su dirección, entonces estaremos totalmente a Su disposición.

El testimonio de Pablo de Gálatas 6:14 nos muestra una dimensión mas profunda de la cruz, la cual la mayoría de nosotros no hemos considerado o aprovechado.

Consideremos ahora, como es que este mundo ya ha sido crucificado para nosotros y como es que nosotros ya hemos sido crucificados para el mundo. El Señor será fiel para revelar las características mundanas en nosotros. Algunas de estas revelaciones serán muy dolorosas. Quizás se nos convenza de la necesidad de renunciar a hábitos que han sido desarrollados a lo largo de muchos años. La victoria sobre éstos puede parecer imposible pero no lo es.

Hemos de considerar que el mundo ya ha sido crucificado para nosotros y nosotros hemos de ser crucificados para con el mundo de la misma manera en la que nos consideramos muertos al pecado y vivos para con Dios. Cuando decidimos tener la libertad del mundo, Dios será fiel para darnos gradualmente esa libertad. Nuestra responsabilidad será entonces, tratar rápidamente y específicamente con los aspectos de mundanalidad en nuestras vidas conforme el Espíritu Santo nos lo revele. Pero hemos de hacerlo inmediatamente, de lo contrario, será más difícil desechar las áreas de mundanalidad que nos privan de nuestra fortaleza espiritual. Y si demoramos en tratar con estas cosas, el Espíritu Santo estará contristado y apagado.

CAPITULO ONCE: LIBERTAD DE LA LEY

En Romanos 7:7-25, Pablo nos da su testimonio personal de su propia experiencia cuando estaba tratando de vivir por la ley y de cómo esto dió como resultado un tipo de muerte espiritual que lo condujo a Dios para alcanzar gracia. El comienza su testimonio mostrando en Romanos 7:1-6 la manera en que podemos tener libertad de la ley por medio de experimentar nuestra unión con Cristo. A este pasaje que trata con la ley, los cristianos no le hemos dado la debida atención. Aun así nosotros debemos entender, tanto nuestro involucramiento y nuestra libertad de la ley, si es que queremos experimentar la vida abundante. Nuestra libertad de la ley es más importante de lo que creemos.

“Por gracia sois salvos por medio de la fe” (Efesios 2:8) Todos nosotros conocemos muy bien este versículo. Sabemos que la salvación nunca ha sido y nunca será dada a alguien por guardar la ley. Y aún así, después de la salvación, muchos creyentes son bastante legalistas en su manera de pensar en cuanto a vivir la vida cristiana y lo hacen a veces sin darse cuenta.

Pablo trata con esta confusión en Gálatas 3:2. *“¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado con el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?”* Aunque ellos eran salvos por medio de la

fe, ahora estaban tratando de vivir su vida cristiana por esfuerzo propio.

Un caso clásico de un cristiano que vive una vida legalista es aquel que lee los Diez Mandamientos cada mañana con el propósito de practicarlos durante el día. La mayoría de nosotros no hace eso – ¡porque sabemos que es imposible! Sin embargo, muchos le hemos prometido a Dios que apartaríamos un tiempo cada día para orar y leer nuestras Biblias. Y al hacer este tipo de promesas, nos hemos colocado bajo ley, lo cual equivaldría a tratar de guardar los Diez Mandamientos.

Las reglas que estamos tratando de seguir pudieron haber provenido de alguien que nos enseñó la palabra de Dios o de algún cristiano bien intencionado que estaba convencido que nos estaba ayudando a vivir la vida cristiana. No importa de donde provengan las reglas. Lo que sí importa es que estamos tratando de obedecerlas con nuestras propias fuerzas, lo cual es la obra de la naturaleza pecaminosa, sin importar lo bueno que parezca esa determinada actividad. En Romanos 7:21, Pablo revela que somos culpables de vivir según la ley cuando solo decidimos hacer lo bueno. Hacemos declaraciones tales como “Haré esto,” o “No haré aquello.” Desafortunadamente muchos creyentes están viviendo bajo ese legalismo sin saberlo. Cuando hacemos el intento de servir al Señor con nuestra propia fuerza, somos culpables de obrar según la carne.

Cuando tenemos libertad de la ley también tenemos libertad de nuestra naturaleza de pecado. Y esto nos liberará de pecados

que nos causarán la muerte al final. Algunos de estos se mencionan en Gálatas 5:19-21: *“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, y cosas semejantes a éstas.”*

Examinemos ahora dos cosas más que provienen de la vida legalista. Primero, las personas que tienen el conjunto de reglas más estricto, por lo general también tienen la más horrible actitud de juzgar a los demás. Ya que cuando la carne (o la naturaleza pecaminosa), establece las reglas, esta se ofende cuando otros no las obedecen. Segundo, a pesar del compromiso tan fuerte del legalista para hacer el bien, la disponibilidad que este tiene para el Señor es nula. En Romanos 8:6-7, el apóstol Pablo declara, *“El ocuparse de la carne es muerte... los designios de la carne son enemistad contra Dios.”* Cuando tenemos la actitud de ser más sabios que Dios, no escuchamos Sus palabras que nos dan la dirección necesaria en cuanto a lo que debemos hacer. Y en ese caso estaremos rechazando neciamente la voluntad de Dios.

Una de las más serias declaraciones de las Escrituras es el testimonio de Pablo en Romanos 7:9 donde él habla de un retorno hacia el legalismo después de convertirse en cristiano. Él nos dice, *“Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.”* Vivir según la ley para Pablo significó la “muerte.”

Algunos creen que este testimonio se refiere a la vida de Pablo antes de Cristo. Pero el contexto de este pasaje indica que ya era un creyente. La clave para entender el testimonio de Pablo (como cristiano) es que el nunca estuvo “sin ley” antes de su salvación. Su declaración en Filipenses 3:5 afirmaba que el era un “Hebreo de hebreos,” lo cual nos revela que el desde la niñez estaba bajo la ley. Otra cosa que debemos observar es que Pablo dijo que “el pecado revivió.” Esto implicaría que el pecado había estado previamente sin ningún poder pero volvió a la vida.

La mayoría de los que han llegado a Cristo siendo adultos, tienen un testimonio como el que se describe anteriormente. Por un periodo de tiempo después de haber recibido a Cristo, su vida era un andar gozoso con Dios sin ningún pensamiento de una vida reglamentada. Pero después de algún tiempo, algún amigo bien intencionado les enseñó que ellos necesitaban disciplinarse a sí mismos y tener periodos regulares de tiempo de oración y de estudio Bíblico. Ese intento de disciplina los colocó bajo ley, ya que les impuso la carga en ellos mismos. Ahora ellos deberán funcionar de cierta manera.

¿Cómo es que Pablo regresó a vivir bajo la ley después de haber sido un creyente viviendo bajo la gracia? No lo sabemos con seguridad pero quizás su declaración en Romanos 7:8 donde el dice que el pecado produjo en el toda codicia al ser recordado por el mandamiento que dice “no codiciarás.” Quizás el pensó, “Debo esforzarme mucho para no ser tan codicioso

ahora que ya soy cristiano, como lo era cuando fui fariseo.” ¡La ley había llegado! Y con la venida de la ley, la carga para lograr la victoria cristiana estaba ahora sobre sus espaldas. La confianza en sí mismo había regresado. El pecado había llegado, La muerte estaba cerca.

¿Qué es lo que Pablo quiere decirnos con la palabra muerte? El no había muerto físicamente. El no había perdido su salvación. El está hablando de un estado mental emocional y espiritual que no tiene mejor descripción mas que la misma “muerte”. Este es el estado mental que Pablo describe en Romanos 7:15: “*Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.*” ¿Piensas en alguien cuando lees estas palabras? Creo que todos nosotros hemos experimentado la misma muerte que Pablo experimentó. Quizás tengamos un profundo deseo de hacer lo que debemos de hacer; amar a nuestros enemigos, perdonar a los que pecan contra nosotros, ministrar de varias maneras, testificar a los incrédulos, etc. Pero no importa cuan profundo sea nuestro deseo o cuantas veces lo intentemos, nosotros somos incapaces de hacer estas cosas con efectividad. Podemos esforzarnos pero no tenemos la habilidad de tener éxito. Nuestro fracaso es una muerte en vida. Probablemente nos odiamos por nuestros ataques de ira, temor, celos, falta de paciencia, falta de amor y cobardía – además de otras obras de la carne. Pero, nosotros no tenemos la habilidad de lograr la victoria sobre estas cosas.

Cuando la ley llega a nuestras vidas – ya sea por guardar reglas o por decidir hacer el bien – el pecado revive y nosotros morimos. 1 Corintios 15:59 nos dice que el pecado es fortalecido y revive cuando intentamos guardar la ley por voluntad propia. Hemos experimentado esta muerte tantas veces que ahora es fácil explicar de qué se trata. La explicación es ésta: Nosotros decidimos seguir una regla o hacer un bien en alguna área. El pecado, o sea, la actitud de auto suficiencia y de sabelotodo, regresa a la vida. Esto conduce al fracaso en nuestros esfuerzos espirituales. Lo que sigue es la culpa y luego la depresión – lo que causa sentimientos de indignidad. A una vida así, muy atinadamente le podríamos llamar “muerte.” Así que la libertad de la ley, es de hecho, libertad de la “muerte.” A esa muerte la conocemos por experiencia ya que hemos pasado muchos años bajo su control sin darnos cuenta que algo estaba mal en nuestras vidas y sin poder cambiar y obtener la victoria. ¡Gracias a Dios que hay una salida!

Debido a nuestra unión con Cristo en la crucifixión, podemos ser libres de la vida bajo la ley. El pasaje clave que explica nuestra libertad de la ley está en Romanos 7:4: *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.”* Esta es una referencia a nuestra crucifixión, sepultura y resurrección, la misma que Pablo ya había explicado en Romanos 6:3-13. Por lo tanto, todos los que están viviendo bajo la ley están viviendo también

en la carne. Pero cuando experimentamos la crucifixión de nuestra carne, entonces nos liberamos de vivir bajo la ley.

En Romanos 7:3, Pablo nos recuerda que una mujer es libre de su marido cuando el muere. Luego en el versículo 4, el nos informa que somos libres de la ley por nuestra crucifixión así que ya podemos contraer matrimonio con alguien mas, o sea, el Señor Jesucristo. ¡Que pensamiento tan glorioso! Muchos de nosotros hemos escuchado por años que la Iglesia es la esposa de Cristo. Las Escrituras en esta sección nos informan que cada cristiano como individuo, puede experimentar la vida como la esposa de Cristo. No podemos vivir en ese estado tan sublime hasta no haber entregado nuestras reglas y haber decidido relacionarnos a Cristo como nuestro Esposo. ¿Cómo es que podemos vivir una vida de sumisión a nuestro Esposo cuando ya hemos decidido cuales son nuestras metas y la manera en que las vamos a alcanzar? Quizás te preguntes, “¿Y entonces que hacemos con los mandatos de las Escrituras? – ¿no se supone que debemos obedecerlos?” Una respuesta a esa pregunta es, “Cuando respondemos al Señor como nuestro esposo, estaremos también guardando los mandamientos de la Escritura. Piensa en los ministerios del Espíritu Santo en nuestras vidas: El nos guía para testificar, El nos guía a toda la verdad – lo cual significa entre otras cosas, que El nos alienta para estudiar la Biblia. El nos guía en oración. El nos llena con amor, fe y fidelidad. En pocas palabras, al caminar en el Espíritu, caminaremos también en armonía con los mandatos de la Biblia.

¿Significa esto que ya no tenemos necesidad de leer nuestras Biblias? De ninguna manera. El espíritu Santo, como nos guía a toda la verdad, continuamente nos mantendrá leyendo y estudiando nuestras Biblias. Al caminar en el Espíritu, aumentará también nuestro conocimiento Bíblico y nuestro entendimiento. Algunos creyentes se convertirán en estudiantes de las Escrituras por primera vez en sus vidas.

Una razón por la que el Espíritu Santo nos mantendrá en la Palabra es porque entre más conocimiento Bíblico tengamos, tendremos mas discernimiento para saber si el deseo de hacer algo es un mandato del Espíritu Santo o es algo que proviene de nuestra carne. Además cuando el Espíritu Santo nos dirige a hacer algo que se ordena en las Escrituras, El también nos da el poder para llevarlo a cabo. Cuando tratamos de cumplir esos mandamientos con nuestra propia fuerza, entonces estaremos completamente débiles y no tendremos éxito.

CAPITULO DOCE: LA VIDA EN LOS LUGARES CELESTIALES

La posibilidad de vivir en los lugares celestiales es una enseñanza que abunda en las Escrituras. En Efesios 2:5-6, Pablo nos muestra que nuestra resurrección con Cristo tiene tres aspectos: 1) Se nos ha dado vida; 2) hemos sido levantados de los muertos y 3) se nos ha sentado en los lugares celestiales. En cada declaración, Pablo usa el tiempo pasado del verbo. Lo cual significa que la acción ya se ha llevado a cabo.

En Colosenses 3:1-4, Pablo escribe, *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.”*

El autor del libro de Hebreos también proclama la idea de vivir en los lugares celestiales. Su presentación es un poco diferente a la de los versículos que se mencionaron anteriormente pero la idea es igual de clara. El escribe: *“Así que hermanos, teniendo libertad para entrar en el lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe”* (Hebreos 10:19-22).

Jesús dijo, *“Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo”* (Juan 3:13). Varias veces Jesús testificó que El hizo solo aquellas cosas que vio y oyó. Jesús experimentó la vida en los lugares celestiales durante Su vida aquí en la tierra. Después, justo antes de Su ascensión, El dijo, *“Como me envió el Padre, así también yo os envío”* (Juan 20:21). Entre otras cosas esto significa que debemos experimentar la misma clase de vida que El experimentó.

Vivir en los lugares celestiales a la misma vez que estamos en esta tierra, significa que los creyentes realmente están viviendo en dos mundos al mismo tiempo. Hebreos 10:24 nos dice, *“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.”* Este mandato se obedece viviendo en dos mundos al mismo tiempo. Las declaraciones que hace nuestro Señor acerca de Su propia vida indican claramente que El estaba viviendo en dos mundos a la vez.

Las bendiciones de esta vida son abundantes. Hay bendición para nosotros y nosotros también podemos ser bendición para otros. Tal parece que la adoración y la relación personal con Dios no son tan importantes para muchos creyentes como lo es el servicio. Esto lo observamos con frecuencia entre los líderes espirituales que son muy celosos en su servicio cristiano. Pero muchos pasajes de la Escritura nos muestran que nuestra adoración a Dios es de primordial importancia.

El primer pasaje que veremos se encuentra en Lucas 10:41-42. El Señor reprende a Marta por la actitud que ella tenía hacia

María, cuyo único deseo era escuchar a Jesús en vez de ayudarlo a preparar los alimentos. El le dice a Marta, *“Solo una cosa es necesaria.”* Por lo que podemos observar, estar en la presencia del Señor es la cosa más importante. ¿Significa que hay que ser ociosos? ¡Por supuesto que no! Lo que significa es que el servicio deberá ser resultado de nuestra adoración al Señor, y no deberá tomar el lugar de la misma.

Otro pasaje se encuentra en Filipenses 3:1-8. Pablo nos relata su gran deseo de conocer a Cristo, además que el consideraba que cualquier cosa que le estorbara para lograr ese objetivo de conocer a Cristo era basura o desperdicio.

Un tercer pasaje en el que podemos observar esto es en la oración que Jesús le hizo a Su Padre antes de ser crucificado. El oró, *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”* (Juan 17:3). La palabra que se traduce “conocer” en este pasaje, es la palabra que se usa para el conocimiento a través de la experiencia. Conocer a Dios el Padre y a Dios el Hijo a través de la experiencia es tener la vida abundante.

El cuarto pasaje se encuentra en Hebreos 12:2. Aquí nosotros aprendemos que la habilidad para enfrentarse a las dificultades de la vida viene al tener *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe.”* Esta es una exhortación para tener nuestra atención enfocada en el Señor Jesús. La única manera de tener una comunión constante con el Señor, es experimentando nuestra unión con Cristo viviendo en los lugares

celestiales. Estando en esta posición, nuestra adoración, se traslada al nivel más alto.

El Nuevo Testamento no dice que es más importante si la adoración o el servicio. Nos enseña que podemos hacer ambos al mismo tiempo. Pablo dice en Efesios 2:5-7, *“(Dios) nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.”* En el versículo 8, leemos que podemos recibir La gracia por medio de la fe. *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe.”* La intención de nuestro Señor es que la vida del creyente sea una vida continua de fe. Cuando vivimos por fe, la Escritura nos dice que “ríos de agua viva” fluirán de nosotros y haremos milagros aun más grandes que los de Jesús (Juan 7:38 y Juan 14:12).

En Colosenses 3:4, Pablo escribe, *“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria.”* Este no es un pasaje del futuro. Pablo desea que entendamos que esta revelación de Jesucristo es algo que podemos experimentar en este tiempo presente. Esto lo experimentan aquellos que, están viviendo en los “lugares celestiales.”

En Filipenses 3:10, Pablo dijo que su gran deseo en la vida era conocer a Jesucristo. El también menciona que quiere experimentar “el poder de su resurrección”. Ese fue su anhelo,

experimentar a Cristo sentado con El en Su trono en los lugares celestiales.

Nuestro Señor le informó a Simón Pedro que él era un hombre bendito de Dios ya que él había recibido la revelación de Jesús como el Cristo (Mat. 16:15-17). Nosotros podemos ser igualmente bendecidos al vivir la vida donde tenemos la experiencia de estar sentados con El en Su trono a la vez que tenemos revelación de Cristo tal como Pedro lo tuvo. ¡Imagínate una vida tan bendita en la que recibimos una revelación continua de nuestro Señor Jesucristo!

En Colosenses 3:4, Pablo se refiere a Cristo como *“nuestra vida.”* Esto nos recuerda el reclamo del Señor en Juan 14:6, *“Yo soy el camino, y la verdad y la vida.”* Y Pablo da su testimonio en Gálatas 2:20, *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”*

El primer versículo del libro de los Hechos revela que el libro entero es un registro de los hechos de Jesucristo. Por lo que debemos entender que todos los hechos de los creyentes que se describen en Hechos fueron realmente los hechos de Cristo. Conforme estudiamos este libro, nos damos cuenta que Jesús hizo Sus obras por medio de los creyentes que hacían Su voluntad en la tierra.

Jesús siempre hace su obra y construye Su iglesia por medio de creyentes. El nos guiará y mostrará cuál es Su plan para el mundo de hoy. Por esta razón, debemos aprender lo que El

desea hacer en y a través de nosotros para ya no operar según nuestros propios planes y sabiduría.

Nuestro Señor dijo que todo lo que El hacía era porque Su Padre estaba haciendo la obra a través de El. *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”* (Juan 5:17, 19). *“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino el Padre que mora en mí, él hace las obras”* (Juan 14:10).

La oración de intercesión es un elemento de nuestro servicio a otros. Cuando oramos desde nuestra posición en el trono con el Señor Jesucristo en los lugares celestiales, se incrementa nuestra efectividad como intercesores. En 1 Juan 5:14-15, aprendemos que la oración tendrá respuesta al ser hecha de acuerdo a la voluntad de Dios. Por lo que para poder efectivamente ser de bendición para los demás en la oración, debemos conocer la voluntad de Dios y en seguida pedirle que cumpla Sus propios deseos. La manera en que podemos conocer los deseos de Dios para otros es mediante una comunión íntima con El en los lugares celestiales.

Pablo expresa también en Fil. 3:10 que no solamente quiere conocer a Jesucristo y el poder de Su resurrección sino que también quiere la *“participación de sus padecimientos.”* En Romanos 9:2, Pablo habla de un gran peso y un continuo dolor en su corazón por su pueblo, los judíos incrédulos. Es seguro

que este dolor que el apóstol sentía tenía su origen en el corazón de Dios. Cuando los sufrimientos de Jesús se derraman en nuestros corazones, entonces podemos decir que estamos conociendo la “participación de Sus padecimientos.” Pablo pudo experimentar esta carga, ya que el tuvo una relación muy íntima con Cristo por estar viviendo en los lugares celestiales. De la misma manera, nosotros podemos experimentar este tipo de carga por otros si moramos en esos mismos lugares.

Satanás es un enemigo muy cruel. Su propósito es alejarnos del plan divino para nuestras vidas. En Efesios 1:18-23, Pablo expresa su deseo que los creyentes conozcan su posición de autoridad sobre Satanás en los lugares celestiales. Su oración es que Dios esté, *“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que El os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de Su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos, y sentándole á su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado, y autoridad, y poder, y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero: Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dió por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, La cual es Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.”*

Podemos observar a través de ésta oración que Pablo sabe que Satanás es un enemigo totalmente derrotado que está bajo sus

pies por la obra de Cristo. Así que el puede tratar con él desde una posición de autoridad. Podemos tener esta misma confianza en lo que a Satanás se refiere si es que decidimos experimentar la vida en los lugares celestiales.

Todos los creyentes han sido sentados con Cristo en Su trono en los lugares celestiales desde el momento en que le recibieron como su Salvador. Pero este tipo de vida solo se puede experimentar cuando creen que ya están allí sentados en los lugares celestiales y deciden vivir con esas condiciones.

Tristemente, muchos creyentes no conocen su posición en Cristo y por lo tanto no están viviendo de acuerdo a esa realidad. Ellos deberán experimentar la crucifixión con Cristo antes de poder experimentar estar sentados en Su trono. Y cuando esto se convierte en experiencia, las bendiciones espirituales correrán de una fuente inagotable. ¡Entonces la vida se convertirá en una aventura diaria y abundante!

APENDICE

EL LUGAR QUE OCUPA EL SUFRIMIENTO EN LA VIDA DE GRACIA

Existen muchas ideas entre los creyentes en cuanto al asunto del sufrimiento en los cristianos. Algunos aun enseñan que los cristianos nunca deberían de sufrir. Otros creen que el sufrimiento es una indicación del pecado en la vida de la persona y el resultante castigo de Dios sobre ella.

La experiencia del agujijón en la carne del apóstol Pablo nos da un entendimiento nuevo en cuanto al sufrimiento. El agujijón en la carne colocó a Pablo en un estado de debilidad. El relato que nos da Pablo de su sufrimiento nos indica que él tenía temor que este le iba a ser un estorbo en su ministerio. Pablo oró tres veces para que el Señor se lo removiera. La única respuesta del Señor a su oración fue, *“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”* (2 Corintios 12:9). Este sufrimiento logró que Pablo dejara de poner la fe en sí mismo y le obligó a confiar en Dios para que El obrara a través del apóstol. De ahí en adelante, Pablo consideró su sufrimiento con esta perspectiva: *“Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mi el poder de Cristo. Por lo cual por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en*

afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Cor. 12:9-10).

La Escritura menciona otras cosas específicas que nos producirán sufrimiento al estar viviendo en unión con Cristo. 2 Timoteo 3:12 dice, “...Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.” Jesús dice en Juan 15:19, “*Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.*” Aún el sufrimiento causado por estas cosas, sirve con el propósito de hacer que el creyente se apoye en la suficiencia de Dios en vez de la propia. El sufrimiento nos coloca bajo la gracia.

Existen otros resultados que son producto de vivir nuestra vida de muerte, sepultura y resurrección con Cristo. El libro de Hebreos fue escrito a creyentes que estaban sufriendo. En el capítulo 12, dice, “*Y aquéllos (nuestros padres), ciertamente, por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados*” (Hebreos 12:10-11). Tanto la santidad como la justicia son el resultado de vivir nuestra muerte, sepultura y resurrección con Cristo.

Si estás atravesando por una serie de circunstancias difíciles desde que comenzaste a vivir las verdades de Romanos 6, date

por enterado que Dios las ha permitido con el fin de ayudarte a crecer en tu nuevo andar con El. Obedezcamos las palabras de Pablo que se registran en 1 Tesalonicenses 5:18, “*Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.*” Esto no quiere decir dar gracias a pesar de todas las cosas. Quiere decir que estemos agradecidos por todas las cosas. Muchos creyentes han hecho que cambien sus circunstancias al hacer esto; y otros han encontrado la paz en medio de circunstancias angustiosas al dar gracias a Dios por todas las cosas.

¡Probémoslo!

